

Anticipos del TLC

Eduardo Sarmiento P.

El Espectador. Sábado, 14 de abril de 2007

Hace tres años y medio anticipé que la negociación del TLC replicaría, en lo esencial, el documento presentado por la delegación de Estados Unidos en la sesión inicial, y en una columna anterior mostré que la previsión se cumplió. Asimismo, advertí que las exportaciones a los Estados Unidos no aumentarían mayormente, las importaciones se dispararían, las exportaciones a Venezuela se contraerían y el tipo de cambio se reevaluaría. Como los agentes económicos intuyen y se precipitan a sacar ventajas de las decisiones oficiales, algunos de estos vaticinios se están observando antes de la aprobación del Tratado.

Como sucedió con la apertura, las empresas han procedido a sustituir masivamente la producción de materias primas nacionales por importaciones. La producción de cereales se desplomó y la producción de bienes intermedios industriales evoluciona muy por debajo de los bienes finales, y se llevó consigo el empleo. El PIB crece a altas tasas y el desempleo aumenta.

El mayor drama se da en las exportaciones que supuestamente son las más favorecidas con el Tratado. No obstante el Aptdea, que en el fondo es todo el beneficio que el país va a recibir en materia arancelaria, las exportaciones no tradicionales a Estados Unidos disminuyeron en relación con el año anterior, y cada vez están representadas por más importaciones. El sector ha dejado de contribuir a la creación de valor agregado y empleo.

El peor error que podía cometer el país era ingresar al TLC rompiendo las reglas del CAN. Como era apenas obvio, Venezuela no iba aceptar que Colombia le vendiera los productos más caros y los comprara en Estados Unidos más baratos. Así, ha venido utilizando el control de cambios para trasladar el mercado colombiano a Brasil y luego proceder hacer lo mismo con Argentina. En pocos meses Brasil pasó al segundo lugar que Colombia ocupaba en el mercado venezolano.

La injerencia en la macroeconomía, que prohíbe la aplicación de controles de capitales por más de un año y, en forma no explícita, adoptar tipos de cambio fijo, ha demostrado ser asimétrica e injusta. Dejó al país desprovisto de medios para compensar la devaluación de Estados Unidos y los consecuentes aumentos de la liquidez mundial. En los últimos años se ha visto cómo la renuncia a aplicar estos dos mecanismos le ha significado al país una revaluación incontenible y devastadora.

En fin, las advertencias que se hicieron en su momento se están cumpliendo casi al pie de la letra. La síntesis y la ilustración más contundente está en la evolución de la balanza de pagos. El déficit en cuenta corriente aumentó en más de la mitad en el último

año y en diciembre llegará a 3% del PIB, cifra que corresponde a la más alta de América del Sur y se encuentra en la zona de peligro.

La sorpresa es el Partido Liberal. En los programas de opinión y en las encuestas directas, la mayoría de los congresistas elegidos anunciaron que votarían en contra del TLC. En la declaración política del último congreso liberal se rechazó por unanimidad y se propuso someterlo a un referendo público. Luego de que este tipo de posiciones se mantuvieron durante más de dos años, algunos asesores de la Dirección liberal salieron con la tesis de que la falla no está en el libre comercio sino en la negociación. A menos de una semana de iniciarse el debate en el Congreso, el director del partido busca compromisos en una reunión presidencial, cuando, en lo fundamental, el Jefe de Estado no puede hacer más que ratificar el documento suscrito con Bush.

Curiosamente, se está incurriendo en las mismas fallas conceptuales del Gobierno y sus negociadores. El TLC se concibe sobre los principios de libre comercio y luego se tratan de evitar sus resultados negativos en la negociación, como la persona que somete su cuerpo a una presión excesiva y pretende corregir las lesiones en las manifestaciones. Ya hemos visto cómo la negociación correspondió a los términos del documento inicial de los delegados estadounidenses y cómo los efectos anticipados replican los daños de la apertura.

El germen está en la concepción del libre mercado de Estados Unidos de que los países en desarrollo deben especializarse en los productos elementales y los desarrollados, en los complejos. Semejante despropósito, que es desvirtuado por la evidencia de los últimos cincuenta años, no se va a remediar con cambios puntuales y cosméticos de la negociación. En realidad, el libre comercio y la versión final del Tratado no son separables.

Si el Congreso quiere evitar los efectos negativos del TLC sobre el interés común, lo mejor que podría hacer es abstenerse de aprobarlo. En su lugar, se plantea la integración latinoamericana con un arancel externo común y con protecciones internas flexibles, que permita a los países de la región avanzar en procesos de industrialización y aprendizaje en el oficio y elevar la productividad y los salarios sin desplazar la mano de obra.